

maestra en el arte de reprimir sus emociones, disimuló, y, silenciosamente, finísimamente, se dedicó á vigilar la conducta de su marido y de Dionisia.

Pero ambos jóvenes habían comprendido, sin duda, los peligros á que se exponían no moderándose, porque, á contar desde aquel día, se mantuvieron sobre aviso, y, durante más de un mes, la señora de Pommeret no pudo recoger indicio alguno confirmador de sus sospechas. Dionisia se mostraba impasible é impenetrable; Francisco había recobrado aplomo y no hacía tan triste figura. Y, sin embargo, entre ellos corría un soplo helado de desconfianza y de rencor. Parecíanse á dos cómplices que han enterrado un secreto y que, aun odiándose mutuamente, están de acuerdo para no perderse. Las mudas y tenaces observaciones de Adriana, para nada le servían; pero, su instinto sutilísimo de mujer le advertía, á pesar de todo, la persistencia de un peligro oculto.

Entonces decidió acudir á la astucia. Se aproximaba Noviembre, y, una noche, le anunció á Francisco que, después de haber meditado despacio acerca del carácter intratable de Dionisia, juzgaba lo más conveniente enviarla como alumna

interna á un colegio. Si contó con este artificio para descubrir los verdaderos sentimientos de su marido hacia Montaraz, se equivocó completamente. Esta proposición se hallaba muy de acuerdo con los deseos de Pommeret, que, en el acto, la aprobó sin restricciones. Era un medio de alejar, momentáneamente al menos, la causa de la inquietud y de los disgustos domésticos; una vez fuera de la casa, Dionisia se tranquilizaría poco á poco y el tiempo completaría la curación. Así, pues, Francisco aplaudió en absoluto el proyecto de su esposa.

Se buscó un colegio cuyo régimen se acomodase al carácter caprichoso y díscolo de la joven, y, cuando estuvo hecha la elección de establecimiento, la señora de Pommeret se encargó de anunciar á la muchacha la decisión adoptada y la fecha de su marcha, que había de efectuarse para mediados de Noviembre. Dionisia, siempre impenetrable, se inclinó sin responder; no obstante, Adriana, creyó notar que, á pesar de los esfuerzos que hacía para permanecer impasible, la joven cambiaba de color. Los labios se le contrajeron levemente y, en torno de la boca, mostró palidez azulada que era, en la muchacha, señal de emoción violenta.



Después de recibir la noticia, Montaraz se pasó la tarde encerrada en su cuarto; pero, cuando al llegar la noche, bajó al comedor, maniobró disimuladamente para aproximarse á Francisco y se inclinó hacia él en un momento en que juzgó á su madre adoptiva ocupada abriendo un aparador. Ésta, que la vigilaba con el rabillo del ojo, sorprendió el manejo, que se le antojó tanto más significativo cuanto que, desde hacía mucho tiempo, Dionisia parecía alardear de no dirigir la palabra á Pommeret. Así, aparentando hallarse consagrada al recuento de servilletas y de manteles, Adriana prestó atención y, como tenía el oído fino, pudo coger al vuelo algunas palabras pronunciadas en voz baja:

— Necesito hablarte... Esta noche... ¡ Es indispensable!...

Lo demás se perdió en un cuchicheo confuso. El diálogo apenas había durado algunos segundos; cuando Adriana se volvió, Montaraz, tan indiferente como de costumbre, se hallaba sentada ante su cubierto; pero, el gesto intranquilo de Francisco, bastaba para demostrar á la señora de Pommeret que no estaba soñando ni era víctima de una alucinación. Dionisia había dado una cita á su marido: ¿dónde y cuándo se iba á efectuar?...

Lo ignoraba, pero conociendo lo principal ya sabía lo que debía hacer.

Aun cuando el descubrimiento le produjo tremenda impresión, supo contenerse y disimular, y la comida transcurrió sin incidentes. Cuando levantaron los manteles, Francisco encendió un cigarro y las dos mujeres permanecieron inmóviles junto á la lumbre; luego, cerca de las nueve, pretextando deseo de dormir, se retiró cada cual á su habitación.

Desde el viaje de Plombières, Pommeret había adoptado resueltamente la costumbre de dormir sólo en su gabinete de trabajo; Adriana ocupaba la estancia contigua. A las diez, después de despedir á Celia, la señora de Pommeret volvió á vestirse de pies á cabeza, apagó la luz y esperó, con el oído puesto sobre la puerta que daba al pasillo y que, precavidamente, dejó entornada. Los criados tardaron poco en irse á descansar; Pedro dormía en la cuadra, no lejos de los caballos; Celia y Modesta tenían las camas en departamentos del piso segundo y, muy pronto, se las oyó subir charlando y encerrarse en el dormitorio. Poco á poco, calma y silencio envolvieron á la casa; sólo se oía el chirriar de un grillo en la cocina y el tic-tac pausado del alto reloj de



péndola que se erguía en el vestíbulo y que dió las campanadas de las once. Luego, el timbre de repetición, lanzó otra vez los once golpetazos vibrantes, y el silencio se adueñó de nuevo de la vetusta casona.

De repente, este sosiego solemne, en medio del cual escuchaba Adriana los latidos de su corazón, interrumpióse por el sordo crujir de una puerta que se abría discretamente. Era la del cuarto de Dionisia. Poco después, otro crujido indicó que Francisco abandonaba su gabinete; al mismo tiempo, un débil rayo de luz tembló ante la sombra; Pommeret, hombre prevenido, tuvo el cuidado de proveerse de una linternilla sorda.

— ¡Ven! — murmuró — ¡Bajemos!

Se dirigieron á la escalera; sus pasos, amortiguados por la alfombra que cubría los peldaños, eran casi imperceptibles; Adriana se había descalzado, y cuando los creyó bastante lejos, se deslizó por el pasillo. Asió tanteando el pasamanos y bajó, deteniéndose en cada escalón. Así que tuvo la certeza de que se habían refugiado en el comedor, se atrevió á entrar en el vestíbulo, andando pegada á la pared y buscando con la vista la puerta del comedor. Por precaución no cerraron la puerta, limitándose Francisco á dejar

caer las cortinas. Tras ellas se colocó Adriana.

El tejido de lana no muy tupido y picado en algunos sitios, dejaba entrever confusamente el interior de la estancia, apenas iluminada por la linternilla que Francisco depositó sobre un aparador. Se distinguía la silueta de Pommeret, de pie, de espaldas á la puerta, con las manos en los bolsillos de la chaqueta; y, aun cuando con más vaguedad, distinguíase, también, á Dionisia recostada contra un macizo armario de nogal. Cuando llegó Adriana, habían ya cambiado algunas palabras, y Dionisia contestaba á una pregunta de Francisco, diciéndole:

— Si te he molestado, puedes estar seguro de que lo he hecho porque no tenía más remedio... Vergüenza me da verme reducida á este extremo... Pero, ya no podía perder tiempo, toda vez que, de hoy en dos días, la dueña de esta casa quiere enviarme de nuevo á un colegio.

Francisco movió la cabeza para indicar que se hallaba al tanto de las intenciones de su mujer. En este momento sentíase dulcemente movido á compasiva ternura. El misterio de la cita nocturna, la belleza de Dionisia realzada por su palidez y por la semiobscuridad de la estancia, la idea de que aquella seductora criatura, que había